

—No, tío mío; me quedo.

El Doctor, que estaba presente, marchó furioso, levantando sus brazos al cielo.

—¡Es incomprensible esta muchacha! ¡Y qué avispero es la tal casa! ¡Jamás la infeliz saldrá de ahí dentro!



III.



Después de un invierno muy frío llegó la primavera muy lluviosa, y el mar, azotado de continuo por borrascas, parecía inmenso lago de fango.

Luego el verano tardío se prolongó hasta la mitad del otoño, con sus días de sol ardiente que sofocaban la inmensidad del espacio bajo calores insufribles; y otro invierno reapareció, y otra primavera, y otro verano,

y todos pasaron lentamente, minuto á minuto, con la marcha cadenciosa de las horas.

Paulina, como si su corazón se regulase con el movimiento de relojería de las estaciones, había recobrado su antigua calma: sus penas se adormecían entre las ocupaciones diarias de la casa, que siempre eran las mismas.

Bajaba por la mañana, daba un beso á su tío, vigilaba la limpieza y la cocina, reanudaba con Verónica la conversación que habían tenido el día anterior, sentábase dos veces á la mesa, hablaba un rato por la noche con el gotoso, y se retiraba muy temprano á su dormitorio.

Y en la mañana siguiente volvía á empezar iguales tareas, sin que tal monotonía fuera interrumpida una sola vez por algún suceso inesperado.

Chanteau, cada vez más postrado por la gota, con las piernas rígidas, las manos deformes, permanecía silencioso, cuando no exhalaba gritos, como hundido en la beatitud de no sufrir.

Verónica, que parecía como si hubiese perdido su lengua, llegó á caer en sombría torpeza.

Únicamente los sábados se turbaba algún tanto la paz de la casa, cuando el cura Horteur y el doctor Cazenove iban exactamente á comer: oíanse enton-

ces ruidosos ecos de palabras hasta más de las diez de la noche, y luego, mientras los gruesos zapatos del clérigo resonaban en el pavimento del patio, el coche del médico partía con el pesado trote del viejo caballo.

Hasta la alegría de Paulina se había moderado, aquella alegría valiente que brotaba de su corazón aun en el rigor de las desdichas y los dolores, y su risa franca y sonora no llenaba ya el hueco de la escalera ni el ámbito de las salas.

Ella era como la actividad y la bondad de la casa triunfando del fastidio, presentando en cada mañana un nuevo elemento de vida, el valor de vivir.

Al cabo de un año su corazón dormía, y ella pudo creer que las horas se deslizaban de igual manera, uniformes y dulces siempre, sin que nada despertase sus adormecidos dolores.

En los primeros tiempos, después de la marcha de Luisa á París, cada carta de Lázaro era una turbación para Paulina: ella vivía sólo para tales cartas; ella las esperaba con impaciencia, las leía muchas veces, buscaba hasta más allá de las palabras escritas las cosas que él no decía.

Por espacio de tres meses las cartas llegaron regularmente cada quince días, muy largas, llenas de de-

talles, rebosando halagüeñas esperanzas; Lázaro se apasionaba una vez más, y se había lanzado á los negocios soñando ganar en seguida una fortuna colosal.

A creerlo, la Compañía de seguros realizaba enormes beneficios, y él no pararía allí, sino que aumentaba las empresas, manifestábase encantado del mundo financiero é industrial, gentes de relaciones corteses á quienes había juzgado tan estúpidamente en sus desvarios de poeta.

Todo proyecto literario estaba olvidado, y nada ocultaba de las alegrías de su casa, refiriendo hasta las puerilidades de enamorados, los besos que robaba á su mujer, los nidos en que ocultaban sus amores, y exponía ampliamente su dicha para dar gracias á ella, á quien se la debía, y llamándola «hermana querida.»

Esos detalles, esos pasajes familiares eran precisamente los que imprimían á los dedos de Paulina una fiebre ligera, y ella quedaba luego como aturdida por el perfume del amor que subía del papel, olor de heliotropo, el perfume predilecto de Luisa.

¡Aquel papel había dormido cerca de su lecho! Y ella cerraba los ojos, y veía fulgurar las líneas, y continuar las frases interrumpidas, y se creía en es-

trecha intimidad con la luna de miel de los recién casados.

Pero poco á poco las cartas se hicieron más raras y eran más cortas, y su primo, que cesó de hablar de sus negocios, se contentaba con enviarle expresiones de parte de su mujer....

No daba explicación de esto, sino que cesaba sencillamente de contarle. ¿Estaba contento en su situación, ó ya le cansaban los asuntos financieros? ¿Acaso la paz del matrimonio estaba comprometida por alguna mala inteligencia?

Paulina hacía mil suposiciones, y se alarmaba por el fastidio, el desaliento que ella adivinaba en el fondo de ciertas palabras, escritas como con pena.

Hacia el mes de Abril, después de seis semanas de silencio, recibió un billete de cuatro líneas; por él supo que Luisa estaba en cinta de tres meses, y luego comenzó otra vez largo silencio, sin que recibiera ninguna noticia.

Mayo y Junio pasaron.

Una gran marejada destruyó las presas, incidente considerable del que se habló mucho tiempo. Bonnevillle entero se burlaba de la obra y los pescadores robaron el maderamen arrancado por las olas.

Ocurrió otra aventura: la niña Gonin, que apenas

tenía trece años, dió á luz una niña, y no había seguridad de que la recién nacida fuese hija del joven Cucho, porque también andaba aquella muchacha con un hombre de cincuenta años.....

Luego reinó la calma, y la aldea siguió viviendo al pie de los acantilados como una de las vegetaciones del mar.

En Julio fué necesario restaurar el muro de la terraza y un ángulo entero de la casa, y al dar los albañiles el primer golpe de piqueta, empezó á desmoronarse todo lo restante.

Paulina era la que siempre pagaba: un nuevo hueco se hizo en su cómoda, y su fortuna quedó reducida á unos treinta mil francos: ella manejaba perfectamente la casa con sus trescientos francos mensuales de renta, y en aquella ocasión tuvo que vender nuevos títulos para no sacar el dinero de su tío, que estaba colocado á rédito.

Y claro es que Chanteau, como su mujer en otro tiempo, la decía que llevara cuenta.

¡Ella lo hubiera dado todo! Porque su avaricia se había gastado con el lento derroche de su herencia, y sólo procuraba salvar los céntimos de sus limosnas, porque la desolaba el temor de tener que interrumpir su distribución del sábado.

Una mañana, hacia el mes de Julio, cuando Verónica barría el yeso que habían dejado los albañiles, Paulina recibió una carta que la trastornó.

Era una carta fechada en Caen, y sólo contenía algunas palabras: Lázaro, sin ninguna explicación, la anunciaba que en el día siguiente llegaría á Bonnevillle.

Paulina corrió á anunciar la noticia á su tío, y los dos se miraron: Chanteau expresó en sus ojos el temor que le acometía si el matrimonio pensaba en instalarse allí por mucho tiempo, y aunque nada preguntó, leyó en los ojos de su sobrina la firme resolución de su marcha inmediata.

En efecto, hacia las cinco de la tarde, con un tiempo soberbio, Lázaro bajó del coche delante de la casa, y Paulina se adelantó á recibirle; pero aun antes de darle un abrazo, quedóse extática al ver que venía solo.

—¿Cómo? ¿vienes solo?

—Sí—respondió él simplemente.

Y se adelantó á plantar dos fuertes besos en las mejillas de su prima.

—Y Luisa, ¿dónde está?

—En Clermont, casa de su prima. El médico la ha recomendado el aire de las montañas.... Su embarazo la fatiga mucho.

Y mientras hablaba se dirigía hacia el interior de la casa, mirando á todos los rincones, y mirando más á su prima, con emoción apenas reprimida, que le hacía temblar los labios.

De repente salió de la cocina un perro, para ladrarle en las piernas, y el joven expresó su extrañeza.

—¿Qué es esto?

—Es Lulú—respondió Paulina.—Como no te conocía.... ¡Eh, Lulú! ¿quieres morder á tu amo?

El perro continuó gruñendo.

—Es muy feo, querida. ¿Dónde has pescado esta horrible foca?

En efecto, el pobre animal era muy feo, y además tenía un genio execrable, siempre aullando, con una melancolía de perro desheredado hasta hacer llorar á las gentes que le oían.

—¿Qué quieres? cuando me le dieron, se me figuró que llegaría á ser una soberbia y hermosa bestia, y ya ves, se ha quedado en lo que es....

Entonces Lázaro pensó en los años pasados, en lo que ya no existía, y murmuró en voz baja:

—¡Mi pobre Mateo!

Verónica le recibió en el vestíbulo, moviendo alegremente la cabeza y sin dejar de pelar una zana-

horia; mas él se dirigió inmediatamente al comedor, donde su padre le esperaba, agitado por el rumor de las voces.

Paulina gritó desde la puerta:

—¿Sabes, tío, que Luisa ha ido á Clermont?

Chanteau, cuya inquieta mirada se dilató entonces con alegría, preguntó á su hijo antes de abrazarle:

—¿La esperas aquí? ¿Cuándo vendrá?

—No, no—respondió Lázaro;—iré yo á buscarla antes de regresar á Paris.... Pasaré con vosotros quince días, y en seguida marcharé.

La mirada de Chanteau se dirigió hacia Paulina con expresión de regocijo; Lázaro le besó, y él le devolvió dos vigorosos besos.

Y conociendo el gotoso que era necesario manifestar sentimiento por la ausencia de Luisa, dijo:

—Es lástima que tu mujer no haya podido venir, porque hubiéramos sido felices con su presencia.... Pero será otra vez.... Prométenos que la traerás otra vez, ¿no es verdad?

Paulina callaba, ocultando bajo aparente alegría y afecto la sacudida interior que había recibido: ya no partiría, y no podía decir si esto la hacía feliz ó desgraciada, sino que sentía una tristeza infinita al

encontrar á Lázaro envejecido, con la boca plegada, los ojos apagados, arrugas en las mejillas y en la frente.

El también la miraba, y parecíale que se había desarrollado más todavía, ganando en belleza y en robustez, porque murmuró sonriendo con pálida sonrisa:

—¡Diablo! ¡aquí sí que habéis sufrido poco durante mi ausencia! ¡Estáis gordos! Papá rejuvenecido; Paulina soberbia..... Y lo peor es que la casa me parece más grande.

Y paseaba por el comedor una mirada circular, como había hecho en el patio y el vestíbulo, sorprendido y emocionado, hasta que vió á la Minucha echada sobre la mesa, con las patas recogidas, y tan ensimismada en su beatitud de gata, que ni siquiera se había movido.

—¡Hasta Minucha no ha envejecido!—añadió.—Dime, ingrata, ¿no podrías reconocerme?

Y aunque se puso á acariciarla, el animal no se movió.

—¡Oh! Minucha no conoce sino á ella misma—dijo Paulina alegremente.—Anteayer la hemos quitado otros cinco gatitos, y ya ves qué poco caso hace.

Se adelantó la hora de comer, porque Lázaro había almorzado temprano, y á pesar de los esfuerzos de la joven, la velada fué triste: las cosas que no se decían embarazaban la conversación, y el silencio solía reinar con frecuencia.

Evitóse preguntar algo á Lázaro, porque éste manifestaba en sus contestaciones cierta confusión, y no procuraron saber cómo iban sus asuntos en París, ni por qué les había escrito únicamente desde Caen.

Cuando el té fué servido, Lázaro exhaló un suspiro de satisfacción. ¡Qué bien se estaba allí! ¡Cómo se desterrarían todas las penas en aquella dulce tranquilidad familiar!

Él pronunció algunas palabras de cierto drama en verso en que se ocupaba hacía ya seis meses, y su prima se quedó estupefacta al oírle decir que venía á Bonneville para concluirle. ¡Unos doce días serían bastantes!

A las diez Verónica anunció que el cuarto del señor Lázaro estaba dispuesto; pero en el primer piso, en la cámara que se había arreglado anteriormente para el matrimonio.

Lázaro se incomodó.

—¿Y crees que me voy á acostar ahí dentro? Pues

no: me acostaré en mi antiguo cuarto, en mi pequeña cama de soltero. La doméstica refunfuñó. ¿Por qué tal capricho? Pues si la cama estaba hecha, ¿por qué darla el trabajo de hacer otra?

—Bueno, bueno—respondió él; —no la hagas, y dormiré esta noche en una butaca.

Y mientras Verónica quitaba furiosa las sábanas y las subía al cuarto del segundo piso, Paulina experimentaba inconsciente alegría, movimientos bruscos que la impelían hacia su primo, para desearle buena noche en un arranque de su antiguo afecto mutuo de camaradas.

A la mañana siguiente Lázaro empezó a confiar sus secretos á Paulina, no de una vez, sino poco á poco, por frases cortas lanzadas en medio de la conversación; y luego, atreviéndose ella, le preguntó con su cariñoso afecto de madre cómo vivía con Luisa; si era siempre su felicidad tan pura.

Él respondía que sí, aunque se quejaba de algún fastidio, contaba hechos insignificantes que habían provocado querellas, decía que el matrimonio, en suma, sin estar próximo á una ruptura, sufría los glaciales enojos que provocaban dos temperamentos desiguales, incapaces de equilibrarse ni en la alegría ni en el dolor.

Existía entre ambos una especie de rencor secreto, como si hubiesen tenido la sorpresa y la cólera de despreciarse, de llegar tan pronto al fondo de su corazón, después de su grande amor de los primeros días.

Paulina creyó comprender un instante que pérdidas de dinero habían agriado su existencia, y se engañaba, porque sus diez mil francos de renta estaban intactos; Lázaro se había disgustado de los negocios financieros, como antes se disgustó de la música, de la medicina y de la industria, y con tal motivo, siendo adivinado al fin por su prima, estalló en brutales palabras contra los hombres de negocios, añadiendo que él prefería la obscuridad en una provincia, y la medianía en la fortuna, al cuidado incesante del dinero, al reblandecimiento cerebral bajo la danza vertiginosa de los números.

Por último, declaró que se había separado de la Compañía de Seguros, y que estaba resuelto á probar fortuna en el teatro, desde el próximo invierno, cuando regresase á París: su drama le vengaría de los agiotistas de la Bolsa, porque pondría de relieve el cáncer del dinero que devoraba á la sociedad moderna.

Paulina no se apesadumbró mucho por aquel